

plata en Nombre de Dios y en Sombrerete, con cuyos productos se iban formando una fortuna considerable. Temerosos de cometer alguna indiscreción, y por un prodigio de fuerza de voluntad se habían vuelto misántropos y llevaban largo tiempo de no probar más líquido que el agua pura. Pero como Dios consiente, aunque no para siempre, llegó un día en que se encontró la ronda con los piteros; y mientras entraba á la labor por la novísima comunicación el Minero Mayor con algunos barreteros, tomaron los gambusinos las de Villadiego, abandonando aquel tesoro, cuya posesión clandestina les había hecho tan felices.

UN GAMBUSINO EN EL ZORRILLO.

Al ver la tarea que me he echado á cuestras escribiendo estos artículos, cualquiera diría que les tengo tirria y mala voluntad á los gambusinos; pero nada es menos cierto que esta suposición gratuita; pues si no les tengo gran afecto tampoco meanima contra ellos prevención alguna. Muy al contrario, les estoy en extremo agradecido por las muchas ocasiones en que me han hecho reir de buena gana con sus agudezas y socaliñas, aunque compadeciendo siempre á las víctimas, cuya desgracia ha provenido, con frecuencia, no tanto de su ignorancia cuanto de su exagerada codicia.

Por otra parte, los gambusinos tienen una viveza y una penetración pasmosas, para conocer á primera vista ó las personas inclinadas á las ganancias fabulosas, y á ellas dirigen siempre sus tiros más certeros y productivos, sin equivocarse jamás en sus apreciaciones sobre este punto; son, además, tan despreocupados y tienen en tan alta estima el ejercicio de su difícil profesión que, con la mayor sangre fría, con la calma más inalterable cuentan, una á una, todas sus fechorías, vanagloriándose de su vivaz ingenio y poniendo en caricatura, de una manera gráfica, á sus parroquianos.

Por lo que llevo dicho se verá que los gambusinos no pueden infundir aversión, ni siquiera antipatía, á las personas que se dedican de buena fé á los trabajos de las minas, para quienes se manifiestan siempre atentos y serviciales.

Ya se comprenderá que los parroquianos de los gambusi-

nos no deben ser muy numerosos: esto sea dicho en honor de la humanidad; pues no pueden juntarse todos los días el condicioso y el tramposo. Por esto es que los gambusinos, que están acostumbrados á derrochar el dinero suelen dedicarse al trabajo diario para ganar la subsistencia honradamente; pero entonces prefieren contratar las obras á destajo en las minas, ejecutándolas admirablemente, y adquiriendo de este modo recursos pecuniarios en abundancia. Sucede muchas veces que los Ingenieros de minas buscan con empeño á estos destajeros para encomendarles la ejecución de las obras de gran peligro, y casi siempre son ellos los que ministran el mayor contingente en las hecatombes mineras, debidas á derrumbes, quemazones, hundimientos ó emanaciones mefíticas.

Al ver en las minas las estrechas cavidades naturales ó artificiales, por donde se escurren los gambusinos, se imagina uno que son duendes ó fantasmas los que han penetrado por aquellos antros espantosos, por los que parece imposible que puedan pasar los seres humanos; y sin embargo, de esas horribles cavernas suelen sacar los minerales que contienen en gran cantidad los metales preciosos.

Pero me voy alejando demasiado del propósito con que tomé ahora la pluma y es, el de referir otro ejemplo de las felices disposiciones de los gambusinos para atrapar á los avarientos, aún cuando sean hombres de seso, con lo cual se confirma el refrán que dice: *que el avariento do tiene el tesoro, tiene el entendimiento.*

Habían corrido escasamente tres lustros de la segunda mitad del presente siglo, cuando se hallaba al frente de la vicaría de Guadalupe y Calvo (á) *El Zorrillo*, un anciano venerable muy dado á las prácticas religiosas, que cumplía satisfactoriamente todos sus deberes, y era muy querido de sus feligreses y admirado de los que le trataban íntimamente, por su carácter apacible y delicadas maneras; pero el diablo, que en todo se mete, daba á aquel santo varón sus malos con-

sejos, de cuando en cuando, inclinándole á ser un tanto cuanto avaro y condicioso; único defecto que tenía aquel buen sacerdote en medio de tantas virtudes. Era muy aficionado á los negocitos de pingües ganancias y solía comprar á menudo bolitas de plata y de oroche á bajo precio, aumentando así considerablemente su tesoro, objeto principal de todos sus afanes.

Andaba cateando á la sazón por aquellos cerros un gambusino muy listo, que se perdía de vista en los asuntos de su profesión. Un día que iba rumbeando una veta encontróse de manos á boca con un agujero, en el que se veía un clavo del tamaño de la mano de un metal amarillo relumbrón, y golpeando con el pico y la cuña en aquella preciosa mancha, logró recoger una buena cantidad de mineral que envolvió cuidadosamente en su cotense y se marchó contentísimo para su casa.

Apénas llegado á su hogar examinó despacio el mineral y creyendo que era oro nativo ligeramente ligado, redujo fácilmente á polvo aquella substancia frágil, le mezcló un poco de mercurio en una cuchara y restregó la mezcla con el dedo pulgar largo tiempo hasta que se produjo un olor de ajo muy pronunciado. Al ver el gambusino que no se formaba amalgama y que el mercurio se ponía negro en la superficie, se quedó triste y desconsolado, diciéndo para su sayo: ¡con razón dicen que no es oro todo lo que reluce! Y sin embargo, cualquiera creería que de este metal se hacen las onzas; ¡tan brillante, tan amarillo!.....vaya, si de veras parece oro.....aunque bien mirado aparece un poco verdioso y muy ligero, mucho más que la plata y ya se sabe que el oro y el queso al peso..... puede que este mineral contenga mucho azufre. ¿Y qué hago yo ahora con este metal? ¿Pues qué he de hacer si no venderlo? Si yo he creído á ciegas que era oro, no me parece difícil que haya otro lo crea y me dé dinero en cambio. En fin, allá veremos.

Concluído este soliloquio, lavó muy bien el mineral que

le quedaba, lo enjugó con unos lienzos y le guardó en un polvorín de cuerno. Por la noche, después de cenar, preguntaba con sorna á su mujer:

—¿Cunoces tú alguna persona rica que compre oro puro?

—Pues cómo no, hombre? Ahí esta el señor Cura.

—¿Cómo sabes tú que lo compra?

—¡Vaya una pregunta? ¿No le has vendido oroche tu mismo algunas veces?

—¡Es verdad! ¡Pero el oro vale mucho más y se necesita ser rico para comprarle.

—¿Crees tú que el Sr. Cura no es rico? Sí lo es, hombre, y mucho, sólo que lo disimula para que no le pidan dinero prestado. Pero, dime: ¿qué tú tienes oro?

—Puede que sí, aunque todavía no lo sé de cierto; pero pregunto quién lo compra por si acaso se ofreciere venderlo.

—Pues no preguntes más, llévaselo al Sr Cura, que te lo comprará luego.

—Pero si es tan duro; ya sabes qué mal me pagaba el oroche.

—Hombre, recuerda el adagio lo que dice: *más da el duro, que el desnudo.*

—Es cierto y luego que.....

—¿Qué dices, hombre?

—Que el que está á las maduras debe estar á las duras; esto es, que si compra barato el oroche puede comprar caro el oro.

—Muy bien dicho. Conque no busques otro marchante. Vete derecho al curato.

—Así lo haré. Hay que cerrar el pico ¿eh?

—Eso no se me dice á mí, ya sé que en boca cerrada no entra mosca.

Al siguiente día al terminar su desayuno suculento el venerable párroco, se le acercó un acólito para decirle:

—Pregunta por su señoría un hombre que está en el zaguan.

—¿Te dijo para qué me quiere?

—No, señor.

—¿Qué señas tiene?

—Es de una estatura regular, morenito, de ojos muy vivos; viste camisa y calzoncillos finos, sombrero de felpa y zapatos de color, y trae un bultito en las manos.

—¡Ah! ¿trae un bultito?; pues dile que pase adelante.

Poco después penetró en el aposento el gambusino, haciendo muchas reverencias con el sombrero en las manos, y se acercó á besar las suyas al Vicario, diciéndole después de estas genuflexiones.

—Padrecito, quiero que me oiga vd. dos palabras á solas.

—Bueno hijo, pasaremos á esta otra pieza.

Cuando estuvieron en la inmediata, prosiguió diciendo el Cura:

—¿Qué se te ofrece, hijito?

—Pues nada, señor Cura, sólo que desaba saber cuánto me costará una misa solemne para la Divina Providencia.

—Mira hijo, con la cera, la música y el cantor costará veinte pesos.

—Es mucho, padrecito: yo quiero dar gracias en esa misa á la Providencia porque me ha dado una mina de oro puro; pero no puedo pagar más que quince pesos.

—Esta bien: ¿cuándo quieres que la diga?

—Cuando vd. guste padrecito; nada más que sea un día de fiesta para que la oiga mi familia.

—Será el domingo próximo: dame el dinero.

—Dentro de un rato se lo daré á vd., porque voy á vender este oro.

Vació entonces el contenido del polvorín en su cotense, apareciendo el metal amarillo, brillante y cristalizado, en forma de agujas, más ó menos alargadas y unidas en grupos ó hacezuelos; y daba gusto ver cómo le bailaba el diablo en el cuerpo al gambusino, al observar la avidez con que veía aquel oro el Vicario, quien replicó inmediatamente:

—¿A quién vas á vender ese oro?

A Don Prudencio, el de la tienda de enfrente, que es muy parejo y no dirá nada á nadie, porque como no he denunciado la mina, no quiero que se sepa que la tengo, para evitar que me la quiten.

—Yo te lo compraré y te prometo guardar el mayor sigilo. ¿Cuánto quieres por él?

—Bueno, padrecito; pero hay que pesarlo: el oro no se vende á granel, y ya sabe su merced que vale quince pesos la onza.

—¿Qué barbaridad!..... ¡Como si estuviera acuñado!

Pues este es más fino que las onzas acuñadas: ya sabe su merced que al acuñar el oro le ligan y le sisan.

—Te pagaré á diez pesos la onza, ¿te conviene?

—Pues no me conviene mucho; pero con vd. no pierdo nada, porque lo quiero y le tengo respeto.

—Muchas gracias. Aquí hay balanzas, pero no hay pesas: lo pesaremos con pesos duros; ya tú sabes que cada uno tiene catorce adarmes.

—¿Cómo! ¿Qué dice su merced?..... No, señor; cada peso tiene quince adarmes, poco más ó menos, porque diez y siete pesan una libra.

—Eso será en teoría, pero en la práctica es lo que digo:

—Está muy bien, señor, será como á vd. le parezca mejor.

El Vicario pesó entonces el metal, echando doce pesos en la balanza y contó ciento cinco pesos que entregó á su interlocutor, recogiendo luego los quince pesos de la misa.

El gambusino salía muy orondo y satisfecho del curato, cuando oyó que le decía el Cura:

—Ya sabes, hijo, que á estas horas estoy siempre en casa, por si quisieres vender más oro.

—Estoy entendido, padrecito.

—Anda con Dios.

—Al llegar á su casa el gambusino se encontró la mesa

puesta y comenzó á comer á dos carrillos, diciendo á su mujer en tono zumbon:

—El domingo te pones de tiros largos para que vayas á oír mi misa á la parroquia.

—¿Cómo tu misa, hombre, explicate!

—Digo muy bien; una misa que he pagado al Cura en quince pesos para la Providencia.

—¡Buena la haz hecho! ¡Gastar quince pesos cuando estamos tan alcanzados!

—No te quejes, ahí va ese dinero.

Y arrojó sobre la mesa el bulto con los noventa pesos que sacó del curato.

—¡Hombre! ¿Que es esto? ¿Son pesos legítimos?

—¡Que tonta eres, mujer! ¡Pues no más eso faltaba que fueran falsos! ¡Como si en el curato hubiera volantes!

—Hombre yo no digo eso. ¡Dios me libre de pensarlo siquiera! ¿Pero qué ya vendiste el oro al señor Cura?

—Ya le vendí un poco y por cierto que me lo pagó muy mal.

—¿Pero era oro de veras?

—¿Qué quieres tu decir con eso?

—Pues que si era oro de verdad.

—Claro esta que sí. ¿Crees tú que el padrecito lo hubiera comprado si no fuese bueno?

—Como luego dicen los compradores que los metales salen falsos.....

—¡Eso no me lo dirán á mí! dijo el gambusino amostazándose, y añadió: Lo que sucede es que la codicia hace milagros: ¿no has oído decir que una mina de plata se vuelve de carbón ó de ceniza, en el momento en que sus dueños se hacen codiciosos? Pues lo mismo sucede con los metales: cuando se los pagan á uno á la mitad de su valor y todavía le sisan una parte de su peso, como me ha sucedido ahora con el señor Cura, no es extraño que la plata se vuelva estaño ó cobre, y el oro fierro ó azufre; y, ¿que culpa tiene uno de que sucedan estas cosas? El mal está en los usureros que lo roban á uno

sin misericordia, por lo cual Dios les castiga convirtiéndoles los metales buencs en malos.

—¡Bien merecido se lo tienen! ¿A como te pagó el oro el Cura?

—A como quiso, es decir me dió por él una miseria; pero aún así me tiene cuenta, porque en la mina hay mucho metal, y pienso seguirlo vendiendo hasta reunir un capitalito regular..... así como unos tres ó cuatro mil pesos.

—¡Hombre, tanto así!

—Ya lo creo y aun más.

—Pero si se le vuelve fierro ó azufre ó carbón el oro al señor Cura, ya no querrá comprarlo.

—No tengas cuidado; ese cambio no se sabrá hasta la vuelta de la conducta que irá al Parral dentro de tres meses.

—Pues al avío, hijo, no perdamos un tiempo tan precioso. ¿Cuándo traerás más oro?

—Pasado mañana.

Y cumplió su palabra el gambusino; pues dos días después se presentó de nuevo á la vicaría preguntando por el Vicario. Cuando se hallaba en presencia de éste y después de saludarle ceremoniosamente, oyó que le decía:

—¿Traes más oro-hijo?

—Sí, padresito, traigo un poco, respondió, desdoblado el cotense en que lo llevaba.

—¡Hola! Ahora es mayor cantidad que la que trajiste anteayer.

—¿Le parece á vd. mucho, señor Cura? Pues esto significa muchos días de trabajo, sino que lo tenía guardado.

—Bueno, hombre, bueno. ¿A cómo me lo das ahora?

—A doce pesos la onza.

—¡Miren que gracia! Si te pregunto el precio es porque las cosas valen tanto menos cuanto son más abundantes.

—Eso sucederá con las cosas comunes y corrientes; pero no con los metales preciosos que sirven para hacer moneda, cuyo valor es inalterable.

—Eso dicen las gentes; pero en el comercio sucede de otro modo: así es que ahora te pago á ocho pesos la onza de oro.

—Pero señor Cura á ese paso pronto llegaremos al extremo de que el metal no valga nada. Si esto ha de suceder, dígamelo vd. de una vez para no volver á molestarle.

—No te alteres, hijo; para los negocios se necesita calma: á ocho pesos te pagaré ese oro y el que sigas trayendo.

—¿No se le hará mucho á su merced después?

—No: aunque no estoy sobrado de dinero pediré prestado si me falta, para no quedar mal contigo.

—Está bien señor Cura. Hágame favor de pesar el metal.

Pesado éste resultaron, según la cuenta del comprador, veinticinco onzas, por las cuales dió doscientos pesos al gambusino despidiéndole.

Cuando éste llegó á su casa, dijo á su mujer, entre enfadado y mohino, dándole el dinero.

—El señor cura va á hacer que suceda una desgracia con su desmesurada avaricia.

—¿Por qué hombre?

—¿A cómo te parece á tí que me ha pagado la onza de oro?

—Será á doce pesos.

—¡Quiá! apenas á ocho pesos y eso tomando diez y ocho adarmes de oro por cada onza.

—¡Jesús que atrocidad! ¡Eso no es tener conciencia! ¡Con razón se les vuelve sal y agua á algunas gentes el capital! ¿Por qué no buscas otro marchante?

—¡Eso sí que no! ¿Crees tú que es tan fácil encontrar un hombre rico y, sobre todo, que le tenga tanto cariño al oro como este padrecito?

—Puede que no.

—Por eso me aguanto y seguiré sufriendo la codicia del señor Cura, hasta reunir el capitalito de que te he hablado; pero es preciso estar prevenidos, porque al paso que vamos puede que se le vuelva tierra el oro más pronto de lo que yo creía.

—No tengas cuidado, yo siempre estoy lista.

Haré á los lectores gracia de los coloquios ulteriores que se verificaron entre el Cura y el gambusino: básteles saber que éste llegó á reunir tres mil pesos con la venta del Metal, con cuya suma salieron él y su mujer de aquel Mineral, para el interior de la República, dos meses después del hallazgo de la mina.

Hallábase el Cura una noche en su habitación muy atareado, escribiendo una carta en la que decía lo siguiente á un amigo suyo, vecino del Parral:

“He tenido la fortuna de comprar, durante largo tiempo, quinientas sesenta onzas de oro que remito á vd. para que lo mande fundir y acuñar, y le ruego que me envíe con un propio la carta-cuenta, para saber si me costea seguir haciendo este negocio.....”

El corresponsal, que era un mímico bastante ilustrado, fijó su atención en el metal y observando su ligereza y color amarillo limón, hizo ensayar una pequeña parte, dirigiendo á su amigo la siguiente misiva:

“Tengo la pena de decir á vd. que el metal que me mandó no es oro, sino un mineral llamado oropimente, ó sea un compuesto de arsénico y azufre, sin valor alguno apreciable.

“Mucho sentiré que este desengaño le cueste el dinero; pero ya sabe vd. que la experiencia no se adquiere de balde.

“Espero que guardará el secreto de este negocio, como lo he hecho yo, para no caer en el ridículo.”

Ustedes dirán si no es una lástima que los hombres de seso y virtuosos se vuelvan avarientos.

Yo creo que para estos casos se inventó el refrán que dice: *laguna que no tiene desagüe, tiene sumidero; ó este otro: piensa el avariento que gasta por uno y gasta por ciento.*

MINA DE “LA CANTERA.”

Se ha dicho con mucha frecuencia que la mitad del éxito en los grandes negocios depende de la confianza con que se emprenden, cosa que los mineros saben á las mil maravillas, y de aquí nace naturalmente la fé ciega, la inalterable confianza que manifiestan siempre en todas sus empresas, á pesar de que en la mayoría de los casos no alcanzan el resultado feliz que ambicionan. A veces suelen los mineros acometer con decisión pasmosa verdaderas obras de romanos, sin detenerse á calcular la enormidad de sus dificultades, ni el costo exorbitante de su ejecución. Cierto es que los presupuestos en esta materia resultan casi siempre fallidos, porque es materialmente imposible prever con exactitud matemática las eventualidades á que están sujetos tales trabajos, tanto por los frecuentes cambios geológicos del terreno mineral, cuanto por la abundancia de manantiales subterráneos, y en ciertos casos por el desarrollo espontáneo é incalculable de los gases mefíticos.

Viéneme en este momento á la pluma el nombre de un amigo mío bien querido, el Sr. Don Vicente Irizar, minero de los más audaces y atrevidos, hombre popularísimo en los centros mineros de mayor importancia del Norte de la República, español vizcaino, de carácter franco y animoso, diligente y resuelto como ninguno en la ejecución de todas sus empresas mineras, que han sido y son todavía motivo de satisfacción para la minería nacional.